



HISTORIAS DE LA MAR

HISTORIA DE UNA BOTELLA

Miguel ZAFRA CARAMÉ



Introducción



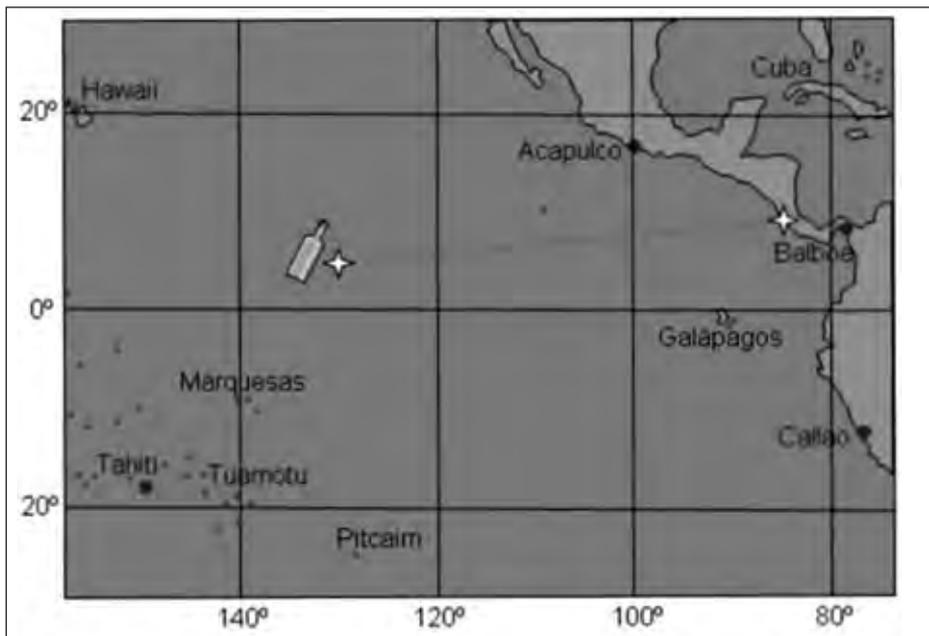
UANDO uno va atesorando trienios y alcanzando cierta veteranía, sus recuerdos y experiencias van adquiriendo una dimensión que antes no tenían. Episodios que en su momento fueron absorbidos por la vorágine de una existencia demasiado acelerada y que, por ello, no despertaron excesivo entusiasmo, se nos aparecen ahora, cuando el ritmo de nuestra cotidianidad ha disminuido mucho, teñidos de un atractivo nuevo, de algo que nos hace evocarlos con especial añoranza y nos impulsa a divulgarlos y compartirlos. En lenguaje

coloquial esta actividad tiene un nombre: «contar batallitas». Y aunque algunos la practican durante toda su vida, lo normal es que tenga un desarrollo tardío.

Por ello, si los hechos que siguen a continuación hubieran llegado a mi conocimiento unos años antes, probablemente me habría limitado a mostrar un moderado asombro y habría dejado correr el asunto. Hoy, en cambio, me siento en la obligación de castigar al lector con su relato. Sirva de razonable pretexto para ello la inusual circunstancia de que entre los dos actos de que consta esta función existe un considerable espacio de tiempo: más de treinta y cinco años.

Acto primero

La escena transcurre en la mar, a bordo de nuestro buque escuela *Juan Sebastián de Elcano*. El cuadragésimo quinto crucero de instrucción está entrando en su último tercio. Es 21 de abril de 1973 y se cumple la singladura número quince, de Papeete a Balboa. Hace dos semanas que se ha dejado atrás la isla de Tahití y aún quedan otros doce días para alcanzar la entrada del canal de Panamá. Estamos, pues, en mitad de ninguna parte, a más de mil quinientas millas de tierra firme.

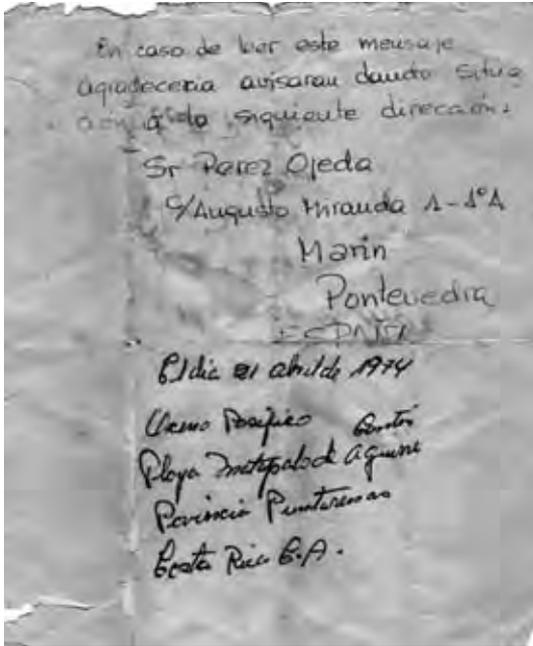


Buque Escuela de Guardiamarinas JUAN SEBASTIAN DE ELCAÑO METEOROLOGIA	
Por Razones de tiempo no lo embie' Mas pntes ESPERO ME conteste. pte Jose Patricia Priceno Salazar. Fecha día 29-9-1975	Día 21 de Agosto de 1975
	Situación al Mediodía { Latitud <u>21° 6' N</u> { Longitud <u>128° 49' 2" W</u>
	Viento Rumbo <u>130</u> Fuerza Beaufort <u>6</u>
	Estado de la mar <u>Marejada</u>
	Fdo. El D. M. de METEOROLOGIA,

Parte situación, anverso.

Los quince días que se llevan de navegación son más que suficientes para que la dotación del *Elcano* se haya bajado ya de la nube en la que suele instalarse después de cada puerto. Quizá en esta ocasión el periodo de flotabilidad positiva se haya prolongado un poco más de lo habitual, dada la lejanía y el exotismo del paraje recién visitado. Aún puede verse alguna que otra figura ingrávida, cuya expresión seráfica sólo deja la duda de si estará recreando en su mente el sensual ritmo de un *tamuraé* o el refrescante sabor de un *mai tai*. Con todo, los estragos de la paradisíaca semana vivida en la Polinesia francesa son ya muy débiles. La rutina se ha vuelto a adueñar del barco y se respira el habitual ambiente de calmoso ajeteo que caracteriza a las navegaciones largas.

Es poco más de mediodía. El guardia marina de guardia de Meteorología, embutido en su claustrofóbica caseta, se afana en rellenar uno de tantos papeles que jalonan la existencia del caballero alumno. En el impreso reglamentario diseñado a tal efecto, anota la fecha y la hora, transcribe la situación oficial del buque, que acaba de requerir de los responsables de la derrota, y efectúa



Parte situación, reverso.

una medición de la dirección y velocidad del viento. Como remate de su trabajo, y única parte que permite un cierto toque creativo, reseña su propia y cualificada apreciación del estado de la mar.

Consumada la faena, enrolla con cuidado el papelito y lo introduce por el cuello de una botella que tiene preparada a su lado. Ajusta con fuerza el tapón y refuerza su hermetismo mediante la hábil manipulación de una barra de lacre y una caja de cerillas. Una vez satisfecho con el grado de estanqueidad del recipiente, sale con él a cubierta y con un grácil movimiento de muñeca lo deposita en las azules y tranquilas aguas del océano Pacífico.

Tan singular proceder de nuestro guardia marina no es producto de la llamada «mamparitis», ni obedece a ninguna otra forma de trastorno mental, sino que, por más que pueda extrañar, forma parte de las obligaciones propias de su turno de guardia. Requiere incluso la autorización expresa del oficial responsable y la ubicación exacta del lanzamiento en un determinado punto de la toldilla. Es práctica habitual en los cruceros del *Elcano*, o al menos lo era en aquél, arrojar diariamente al agua una botella cargada con toda esa información. Parece ser que tan rudimentario procedimiento ayuda a los oceanógrafos y otros estudiosos de esos asuntos a entender mejor el comportamiento de las corrientes, los vientos y demás fuerzas misteriosas que actúan sobre los mares. Siempre, claro está, que la botella sea encontrada y su mensaje devuelto.

Cumplida su obligación, es posible que nuestro protagonista permaneciese unos momentos observando los cadenciosos movimientos de la botella sobre las aguas o que invirtiese unos segundos en filosofar sobre sus posibilidades de supervivencia. También es posible, e incluso probable, que no hiciese ninguna de estas dos cosas. Sea como fuere, seguro que antes de volver a recluirse en su caseta había ya olvidado y dado por cerrado este pequeño episodio de su vida.

Acto segundo

El Puerto de Santa María, 18 de septiembre de 2008. Cinco almas satisfechas acaban de compartir mesa y mantel y disfrutan de ese estado de placidez que sigue a una buena pitanza. El anfitrión, otrora conspicuo lanzador de botellas, ha derivado sus habilidades hacia otros terrenos más atractivos y productivos, como lo demuestra la insuperable paella con que acaba de obsequiar a sus invitados. Dos de ellos eran con él, hace nada más que un párrafo, jóvenes y dinámicos guardias marinas a bordo del *Elcano*. Ahora los tres son algo menos jóvenes, sólo un poco menos dinámicos y, después de un largo periplo por el escalafón, se han convertido en sesudos capitanes de navío.

Hace apenas un par de meses que han finalizado su vida profesional activa y han pasado a la situación de Reserva. Tan feliz o desgraciada circunstancia, que en esto no hay opinión unánime, hace que el momento de la sobremesa, siempre propicio a la nostalgia y a la remembranza, se convierta en una festiva recreación de los viejos tiempos. Anécdotas y chascarrillos mil veces repetidos antes vuelven a salir a la luz para infantil disfrute de los tres contertulios, bajo la mirada comprensiva, y un tanto burlona, de las féminas presentes.

Como es obligado en estos casos, pronto comienzan a aparecer viejas fotografías, amarillentos recortes de prensa y otros interesantes vestigios del pasado. En pleno apogeo de tan fascinante liturgia, el dueño de la casa extrae del baúl de los recuerdos una funda de plástico a cuyo amparo se vislumbra algo con apariencia de papiro egipcio.

Con toda delicadeza, desenfunda el documento y muestra a sus intrigados compañeros lo que seguro que el sagaz lector lleva ya un buen rato sospechando: el mismo papel que fue embotellado y lanzado a las aguas en el primer acto de esta historia.

Reconstrucción

Esta crónica, obviamente, no puede terminar aquí. La natural curiosidad humana no lo permitiría sin antes intentar esclarecer en la medida de lo posible todo lo sucedido en el largo intermedio entre las dos partes de la historia. Procede, por tanto, un minucioso escrutinio del maltrecho documento.

En su aspecto, medio deshecho y quemado por el sol, se refleja una prolongada exposición a las inclemencias del tiempo. También puede apreciarse el añadido de nuevas anotaciones manuscritas, que denotan la entrada en escena de un nuevo personaje.

La primera revelación que se nos presenta, aparte de la identidad del remitente, es la fecha y lugar del hallazgo. Si la información reseñada en el reverso del parte es correcta, y no hay razón alguna para dudarle, la botella se mantuvo a la deriva durante un año exacto, ya que fue recogida justamente el 21 de

abril de 1974, primer aniversario de su lanzamiento. Su reencuentro con la tierra tuvo lugar en la playa de Matapalo, cantón de Aguirre, provincia de Punta Arenas, estado de Costa Rica.

Una vez situado tal lugar en el mapa, y con el inapreciable auxilio de las ecuaciones de Coticchia y Surace, sabemos que la botella recorrió nada menos que 2.757 millas náuticas. Para ser más exactos, habría que decir que ésa es la distancia, medida sobre ortodrómica, entre el comienzo y el final de su andadura. La que realmente recorrió fue, muy probablemente, bastante mayor.

En el tiempo que duró su aventura sobre las aguas, el *Juan Sebastián de Elcano*, desde el momento en que la dejó atrás, tuvo tiempo de visitar otros seis puertos, rendir viaje en Marín, trasladarse a su base de Cádiz, prepararse



Sobre.

durante seis meses para el siguiente crucero y completar la primera mitad del mismo. Cuando el enfrascado mensaje alcanzaba las arenas de Matapalo, el buque andaba no demasiado lejos de allí, a medio camino entre Nueva Orleans y Hamilton (Bermudas).

En el anverso del parte, una segunda anotación, con tinta claramente diferente de la anterior y fechada el 29 de septiembre de 1975, nos revela otro dato interesante: la persona que encontró el papel lo mantuvo en su poder casi un año y medio antes de decidirse a devolverlo. El propio remitente se disculpa por ello, achacándolo a unas ambiguas «razones de tiempo». Hay que reconocerle, sin embargo, que una vez decidido no se demoró más, como lo atestigua el matasellos que puede verse en el sobre, fechado justo al día siguiente, 30 de septiembre.

El resto, ya es materia conocida. El deteriorado papiro, una vez apagadas las presumibles alharacas levantadas a su llegada, fue amorosamente enclausurado en el plástico protector y condenado a un largo periodo de reclusión hasta su ya relatado retorno a la actualidad.

Epílogo

Hasta aquí la narración de los hechos. El argumento, realmente, no parece demasiado brillante: un individuo lanza una botella al agua y otro la encuentra, en circunstancias de tiempo y lugar perfectamente lógicas y razonables. Nos habría gustado, y quedaría mejor la historia, que la botella hubiera aparecido en algún lugar más distante e improbable, como Australia, el Japón o la Patagonia, o que su viaje hubiera sido más asombrosamente largo. En tal caso, sin embargo, y a la vista del estado que presentaba el documento después de «sólo» un año en la mar, probablemente no quedaría papel alguno que leer ni, consecuentemente, historia alguna que contar.

También habría ayudado mucho a mejorar el interés humano del relato poder decir que del suceso nació una sólida amistad entre dos personas, pero tampoco éste es el caso. Lanzador y receptor nunca se conocieron ni se volvieron a comunicar. Todo lo más, el primero de ellos tiene un vago recuerdo de haber remitido una sucinta nota de agradecimiento, en respuesta al «espero me conteste» que reseñó su corresponsal.

Sin embargo, ante la carencia de esos otros atractivos, puede tenerse por notable el hecho de que nuestra botella fuese capaz de superar la importante cadena de obstáculos que se oponían a la feliz culminación de su viaje.

Es de suponer que la mayoría de las muchas que se lanzaron por aquel entonces perecerían por inmersión, incapaces de sustraerse al pertinaz empeño de las aguas en acceder a sus entrañas. Algunas, seguimos suponiendo, conseguirían alcanzar la costa sólo para acabar estrelladas entre las rocas o perdidas en algún inaccesible recoveco. Quizá unas pocas llegasen a varar suavemente

y hasta es posible que alguna fuese recogida por alguien que terminase desechándola como basura o conservándola para sí como recuerdo.

Sea como fuere, parece que ninguna de ellas ha llegado jamás al Instituto Hidrográfico, que es el verdadero destino al que debería haber sido remitido el hallazgo, por más que nuestro guardia marina obviase las instrucciones del mando al respecto y solicitase el envío a su propio domicilio. Éste es, al menos, mi particular recuerdo del asunto, refrendado por el de alguno de los más reconocidos memoriones de la promoción. El presunto infractor se defiende alegando la inexistencia de instrucción alguna, versión que también encuentra algún testimonio favorable. En cualquier caso, la falta, de haber existido, está ya más que prescrita. Aunque no fuera así, es de suponer que el reglamento de la Escuela Naval Militar no se mostraría demasiado severo con un capitán de navío en la Reserva.

Gracias a su trasgresión, y a la gentileza de un ciudadano costarricense, hemos podido hoy contar esta historia.

Apostilla

Una reciente conversación con el oficial ayudante de derrota del *Elcano* confirma, para nuestra sorpresa, la plena vigencia de esta curiosa práctica de ir sembrando botellas por los mares. Al mismo tiempo, echa por tierra nuestras pretensiones de exclusividad al informarnos de que uno de los partes de situación lanzados al agua durante el último crucero de instrucción fue encontrado en Cuba y devuelto directamente al buque hace pocos meses.

En cuanto al Instituto Hidrográfico, aunque ya no se le señala como destinatario de estos envíos, seguimos convencidos de que sí lo era en la época de la que hablamos. Respecto a posibles recepciones, hemos evacuado consulta a algunos «viejos del lugar». Ninguno de ellos recuerda nada relacionado con botellas y mensajes. Incluso su comandante-director, amablemente interesado en el caso, propició una inmersión en los archivos del Instituto que, a pesar de la profundidad alcanzada, no arrojó resultado alguno.

